

ciera víctimas á su alrededor, colocaba muy por debajo de él á todos aquellos á quienes protegía; y últimamente, por su severidad misma se hacía adorar de los jacobinos, adquiriendo una gran reputación de sabio. En esto no tenía Robespierre más ambición que la de todos los jefes revolucionarios que hasta entonces habían querido contener á la revolución en el punto en que ellos mismos se detenían, y esta política, que los había despopularizado á todos, no debía desacreditarle á él, porque la revolución llegaba al término de sus peligros y de sus excesos.

A los diputados detenidos se les instruyó causa inmediatamente después de la muerte de Marat, y preparábase el juicio. Se decía ya que era preciso hacer caer las cabezas de los Borbones que aún vivían, aunque éstas fuesen las de dos mujeres, la una esposa y la otra hermana del último rey, así como la de aquel duque de Orleans, tan fiel á la revolución y entonces prisionero en Marsella por premio de sus servicios.

Habiase dispuesto una fiesta para la aceptación de la Constitución; todas las Asambleas primarias debían enviar diputados que fueran á expresar su voto, reuniéndose en el campo de la federación para una función solemne. El día fijado no era ya el 14 de julio, sino el 10 de agosto, porque la toma de las Tullerías había producido la república, mientras que la toma de la Bastilla, dejando subsistir la monarquía, no abolió sino el feudalismo. Por eso los republicanos y los realistas constitucionales se distinguían en que los unos celebraban el 10 de agosto y los otros el 14 de julio.

El federalismo expiraba y la aceptación de la Constitución era general. Burdeos, guardando siempre la mayor reserva, no se propasaba á ningún acto decisivo de sumisión ni de hostilidad, pero aceptaba la Constitución; Lyon proseguía con los procedimientos evocados en el tribunal revolucionario; pero obelde sólo en este punto, sometíase en cuanto á los demás y se adhería también á la Constitución. Únicamente Marsella rehusaba su adhesión; pero su reducido ejército, separado ya del de Langüedoc, acababa de ser expulsado de Aviñón en los últimos días de julio y de repasar el Durance. Así, pues, el federalismo estaba vencido y la Constitución triunfante; pero el peligro se agravaba en las fronteras, llegando á ser inminente en la Vendée, en el Rhin y en el Norte. Nuevas victorias compensaban á los vendeanos por la derrota sufrida en Nantes, y Maguncia y Valenciennes estaban acosados más que nunca por el enemigo.

Hemos interrumpido nuestro relato de los acontecimientos militares en el momento en que los vendeanos, rechazados de Nantes, volvieron á su país, y hemos visto á Birón volver á Angers, después de quedar libre aquella plaza, para convenir un plan con el general Canclaux. Entretanto, Wéstermann se había dirigido á Niort con la legión germánica, obteniendo de Birón el permiso de avanzar por el interior del país. Wéstermann era aquel mismo alsaciano que se distinguió el 10 de agosto, decidiendo el éxito de la jornada; que sirvió después gloriosamente á las órdenes de Dumouriez, relacionándose con éste y con Dantón, y que denunciado por Marat, le apaleó, según dicen, para castigar diversas injurias. Figuraba en el número de aquellos patriotas en quienes se reconocían grandes servicios,

pero á los cuales se comenzaba á censurar por los placeres á que se entregaron en la revolución, y que disgustaban ya porque exigían disciplina en los ejércitos y conocimiento en los oficiales, negándose á excluir á todo general noble y á calificar de traidor á todo el que fuese vencido. Wéstermann había formado una legión llamada *germánica*, compuesta de cuatro ó cinco mil hombres, comprendiendo infantería, caballería y artillería. A la cabeza de este reducido ejército, del que era completamente dueño y en el que mantenía una disciplina severa, desplegó la mayor audacia, llevando á cabo brillantes hechos de armas. Trasladado á la Vendée con su legión, reorganizóla de nuevo, expulsando á los cobardes que habían ido á denunciarle. Manifestaba un soberano desprecio hacia aquellos batallones informes que saqueaban y asolaban el país; experimentaba los mismos sentimientos que Birón, y por esto se le comprendía en el número de los aristócratas militares.

Como ya hemos visto, el ministro de la Guerra Bouchotte había enviado á la Vendée sus agentes jacobinos y franciscanos, los cuales rivalizaban allí con los representantes y generales, autorizando el saqueo y las vejaciones bajo el título de contribuciones de guerra, y la indisciplina so pretexto de defender al soldado contra el despotismo de los oficiales. El primer oficial del ministerio de la Guerra en tiempo de Bouchotte era Vincent, joven franciscano, frenético y el hombre más peligroso y turbulento de aquella época; gobernaba á Bouchotte; hacía todos los nombramientos, y perseguía á los generales con extremado rigor. Ronsin, aquel ordenador enviado á Dumouriez cuando se anularon sus contratas, era amigo de Vincent y de Bouchotte, y jefe de sus agentes en la Vendée, con el título de ayudante del ministro. A sus órdenes tenía á Momoro, impresor, Grammont, cómico, y otros varios que obraban en el mismo sentido y con igual violencia. Wéstermann, mal avenido ya con ellos, acabó por alejarlos con un acto de energía. El llamado Rossignol, antiguo oficial plateo, que se había distinguido el 20 de junio y el 10 de agosto, y que mandaba uno de los batallones de la formación de Orleans, figuraba en el número de aquellos nuevos oficiales favorecidos por el ministerio franciscano. Hallándose un día bebiendo con soldados de Wéstermann, decía que éstos no debían ser esclavos de sus oficiales; que Birón era un ex noble, un traidor, y que se debía expulsar de las casas á los ciudadanos para alojar á las tropas. Wéstermann mandó que le arrestasen y entregaran á los tribunales militares: Ronsin se apresuró á reclamar, enviando al punto á París una denuncia contra el general.

Wéstermann, sin inquietarse por este incidente, se puso en marcha con su legión para penetrar en el corazón mismo de la Vendée. Partiendo del lado opuesto al Loira, es decir, del Mediodía del teatro de la guerra, apoderóse primero de Parthenay, y entró después en Amaillou, é incendió este último burgo, usando de represalias contra Mr. de Lescure. Este último, en efecto, al entrar en Parthenay, ejerció rigores contra los habitantes, á quienes se acusaba de espíritu revolucionario. Wéstermann se apoderó de todos los efectos de los habitantes de Amaillou y se los envió al punto á los de Parthenay como compensación; después mandó quemar

el castillo de Clisón, perteneciente á Lescure, y difundió por todas partes el terror á causa de su rápida marcha y el rumor exagerado de sus ejecuciones militares. Wéstermann no era cruel; pero creyó convenientes estas desastrosas represalias, que arruinaron á los países neutrales, acusados por cada partido de haber favorecido al contrario. Todo huyó hasta Chatillón, donde se habían reunido la familia de los jefes vendeanos y los restos de sus ejércitos. El 3 de julio Wéstermann, no temiendo aventurarse en el centro del país insurrecto, penetró en Chatillón, expulsó al consejo superior y al estado mayor, que tenían allí su residencia, como su capital; pero habiendo circulado la noticia de este atrevido ataque, hallóse Wéstermann en situación muy crítica. Los jefes vendeanos, que acababan de replegarse, mandaron tocar á rebato, reunieron un considerable ejército, y disponíase á sorprender á Wéstermann por la parte que menos esperaba. Habíase situado en un molino, fuera de Chatillón, un puesto avanzado que dominaba todos los alrededores: los vendeanos, adelantándose sin ser vistos, según su táctica ordinaria, rodean aquel puesto y le asaltan por todas partes; Wéstermann, advertido demasiado tarde, se apresuró á socorrerle; pero los destacamentos que envía son rechazados hasta Chatillón; cunde la alarma en el ejército republicano, que abandona la ciudad en desorden, y el mismo Wéstermann, después de hacer prodigios de valor, es arrastrado en la fuga y debe huir apresuradamente, dejando tras sí un gran número de muertos y prisioneros. Este descalabro ocasionó tanto desaliento como esperanza y animación la temeridad y el buen resultado de la empresa de Wéstermann.

Mientras sucedían estas cosas en Chatillón, Birón acababa de concertar un plan con Canclaux. Ambos debían bajar hasta Nantes, despejar la orilla izquierda del Loira, volver después hacia Machecoul, dar la mano á Boulard, que saldría de Sables, y después de haber separado así á los vendeanos del mar, dirigirse hacia la alta Vendée para someter todo el país. Los representantes no aceptaron este plan, pretendiendo que era preciso marchar desde el punto mismo en que se estaba á fin de penetrar en el país, encaminarse á los puentes de Cé con las tropas reunidas en Angers, y hacerse apoyar frente á frente por una columna que avanzaría desde Niort. Birón, viéndose contrariado, dimitió al punto; pero como en aquel momento mismo se supo la derrota de Chatillón, achacóse toda la culpa á Birón. Hízosele un cargo por haber dejado sitiar á Nantes y no secundar á Wéstermann, y por la denuncia de Ronsin y de sus agentes se le citó á la barra. A Wéstermann se le formó también causa, y Rossignol recobró al punto la libertad. Tal era la suerte de los generales en la Vendée, en medio de los agentes jacobinos.

El general Labarolier tomó el mando de las tropas que Birón había dejado en Angers, y se dispuso, accediendo al deseo de los representantes, á internarse en el país por los puentes de Cé. Después de haber dejado mil quinientos hombres en este punto y mil cuatrocientos en Saumur, avanzó hacia Brisac, donde estableció un puesto militar á fin de asegurar sus comunicaciones. Este ejército indisciplinado cometió los más espantosos desmanes en un país afecto á la república; pero el 15 de julio fué atacado en el campo de Fline por

veinte mil vendeanos. La vanguardia, compuesta de tropas regulares, resistió vigorosamente; pero el grueso del ejército iba á ceder, cuando los vendeanos, más dispuestos á abandonar el terreno, se retiraron en desorden. Los nuevos batallones manifestaron entonces un poco más ardimiento, y para estimularlos, tributáronles elogios que sólo había merecido la vanguardia. El 17 se avanzó hasta cerca de Vihiers y fué rechazado un nuevo ataque, recibido y sostenido con el mismo



Rossignol

vigor por la vanguardia y con igual vacilación por el cuerpo principal del ejército. Aquel mismo día se llegó á Vihiers: varios generales, opinando que los batallones de Orleans estaban demasiado mal organizados para sostener la campaña, y que con semejante ejército no se podía permanecer en medio del país, pensaban que era mejor retirarse. Labarolier resolvió que se esperase en Vihiers, defendiéndose allí en caso de ataque. El 18, á la una de la tarde, se presentan los vendeanos; la vanguardia republicana se conduce con el mismo valor; pero el resto del ejército vacila á la vista del enemigo, y se repliega á pesar de los esfuerzos de los generales; los batallones de París prefieren gritar traición á batirse, y se retiran en desorden. La confusión llega á ser general; Santerre, que se había lanzado á la pelea con la mayor intrepidez, está á punto de ser cogido; el representante Bourgotte corre igual riesgo, y el ejército huye con tal ligereza, que á las pocas horas se halla en Saumur. La división de Niort, que iba á ponerse en movimiento, se detiene, y el 20 se decide que espere la reorganización de la columna de Saumur. Como era necesario que recayese sobre alguno la culpa de la derrota,

Ronsin y sus agentes denunciaron al jefe de estado mayor Berthier y al general Menou, que pasaban ambos por aristócratas, porque recomendaban la disciplina. Berthier y Menou fueron llamados al punto á París, como lo habían sido ya Birón y Wéstermann.

Tal había sido hasta entonces el estado de aquella guerra. Los vendeanos levantándose de repente en abril y mayo, habíanse apoderado de Thouars, Loudún, Doué, Saumur, gracias á la mala condición de las tropas, compuestas de nuevos reclutas. Habiendo bajado hasta Nantes en junio, fueron rechazados de esta ciudad por Canclaux, y de Sables por Boulard, dos generales que habían sabido introducir entre sus soldados el orden y la disciplina. Wéstermann, procediendo con audacia y disponiendo de algunas buenas tropas, penetró hasta Chatillón en los primeros días de junio; pero vendido por los habitantes, y sorprendido por los insurrectos, sufrió una derrota; y en cuanto á la columna de Tours, queriendo avanzar por el país con los batallones de Orleáns, sufrió la suerte reservada á los ejércitos desorganizados. A fines de julio, los vendeanos dominaban, pues, en toda la extensión de su territorio; mientras que el intrépido é infeliz Birón, acusado de no hallarse en Nantes cuando visitaba la baja Vendée, y de no estar cerca de Wéstermann cuando concertaba un plan con Canclaux, contrariado é interrumpido en todas sus operaciones, acababa de ser dado de baja en el ejército, sin haber tenido tiempo de obrar, y sólo se presentó para ser continuamente acusado. Canclaux permanecía en Nantes; pero el intrépido Boulard no mandaba ya en Sables, y los dos batallones de la Gironda acababan de retirarse. Tal era, pues, el cuadro de la Vendée en el mes de julio: derrota de todas las columnas en el país alto; quejas, denuncias de los agentes ministeriales contra los generales considerados como aristócratas, y quejas también de estos últimos contra los desorganizadores enviados por el ministerio y los jacobinos.

Al Este y al Norte, los sitios de Maguncia y Valenciennes progresaban de una manera alarmante.

Maguncia, situada en la orilla izquierda del Rhin, por el lado de Francia, y frente á la desembocadura del Mein, forma un gran arco de círculo, del que puede considerarse el Rhin como la cuerda: un considerable arrabal, el de Cassel, situado en la otra orilla, se comunica con la plaza por un puente de barcas. La isla de Petersau, situada más abajo de Maguncia, se corre por el río, y su punta avanza á bastante altura para batir el puente de barcas y sorprender por detrás las obras defensivas de la plaza. Por el lado del río sólo protege á Maguncia una muralla de ladrillo, pero en la parte de tierra está muy bien fortificada. Desde el río, y á la altura de la punta de Petersau, la defienden un recinto y un foso, en el cual se vierte el riachuelo Zalbach para dirigirse al Rhin. En la extremidad de este foso se halla el fuerte de Hauptstein, que puede cruzar sus fuegos con los de las aguas. A partir de este punto, el recinto continúa hasta reunirse con el curso superior del Rhin; pero el foso queda interrumpido y le reemplaza un doble recinto paralelo al primero. Así, pues, por este lado exigen un doble sitio las dos líneas de murallas; mientras que la ciudadela, enlazada con el doble recinto, aumenta la fuerza,

Tal era Maguncia en 1793, aun antes que las fortificaciones hubiesen sido perfeccionadas. La guarnición constaba de veinte mil hombres, porque el general Schaal, que debía retirarse con una división, había sido rechazado á la plaza, y no pudo reunirse con el ejército de Custine. Los víveres no eran proporcionados á esta guarnición; y en la incertidumbre de saber si se conservaría ó no Maguncia, no se había cuidado de abastecerla. Custine dió al fin la orden; los hebreos se presentaron haciendo proposiciones, pero con mucha astucia, y exigían que les fueran pagados todos los convoyes que el enemigo detuviese en el camino. Rewbell y Merlin rehusaron este trato, temiendo que los mismos hebreos hicieran apresar los convoyes. Sin embargo, no faltaban los granos, aunque podía preverse que en el caso de destruirse los molinos situados en el río, sería imposible practicar la molienda. Había poca carne, y los forrajes, en particular, eran del todo insuficientes para los tres mil caballos de la guarnición. La artillería constaba de ciento treinta piezas de bronce y sesenta de hierro, las cuales se hallaron allí y eran muy malas; los franceses habían llevado ochenta en buen estado, y además contábanse muchas piezas de muralla; pero no se disponía de suficiente pólvora. El sabio y heroico Meunier, que había ejecutado los trabajos de Cherburgo, fué encargado de la defensa de Cassel y de los puntos de la orilla derecha; Doyr dirigía los trabajos en el interior de la plaza; Aubert-Dubayet y Kléber mandaban las tropas, y los representantes Merlin y Rewbell animaban á la guarnición con su presencia. Esta guarnición había acampado en el intervalo de los dos recintos, ocupando á lo lejos varios puestos muy avanzados: hallábase animada del mejor espíritu, tenía gran confianza en la plaza, en sus jefes y en sus fuerzas, y sabía además que debía defender un puesto muy importante para la salvación de Francia.

El general Schœnfeld, acampado en la orilla derecha, cercaba á Cassel con diez mil hesseses: los austriacos y los prusianos reunidos formaban el gran cuerpo de ataque de Maguncia; los primeros ocupaban la derecha de los sitiadores; frente al doble recinto constituían los segundos el centro de Marienburgo, y allí estaba el cuartel general del rey de Prusia. La izquierda, compuesta igualmente de prusianos, acampaba frente al Hauptstein y al foso inundado por las aguas del riachuelo de Zalbach. Cincuenta mil hombres, poco más ó menos, constituían aquel ejército de sitio, dirigido por el anciano Kalkreuth. Brunswick mandaba el cuerpo de observación por la parte de los Vosgos, donde se comunicaba con Würmsers para proteger aquella gran operación. Como faltaba la artillería de sitio, negocióse con los estados de Holanda, que consintieron aún en desprenderse de una parte de sus arsenales para coopear al triunfo de sus vecinos más temibles.

El cerco principió en abril: mientras llegaban los convoyes de artillería, la guarnición tomó la ofensiva, haciendo las salidas más vigorosas. El 11 de abril, algunos días después de comenzar el cerco, nuestros generales resolvieron intentar una sorpresa contra los diez mil hesseses, que se habían extendido demasiado en la orilla derecha, y en la noche de dicho día salieron de Cassel en tres columnas. Meunier avanzó sobre Hochein, y las otras dos bajaron por la orilla derecha

hacia Biberik; pero un tiro disparado accidentalmente en la columna del general Schaal sembró la confusión, pues las tropas, todavía bisonas, no tenían el plomo que muy pronto adquirieron á las órdenes de sus generales. Fué preciso retirarse, y Kléber protegió el movimiento con su columna de la manera más imponente. Esta salida valió á los sitiados cuarenta bueyes ó vacas, que se salaron acto continuo.

El 16 quisieron los generales enemigos apoderarse del puesto de Weissenau, que situado cerca del Rhin, y á la derecha de su ataque, les inquietaba mucho. Los franceses, á pesar del incendio del pueblo, se atrincheraron en un cementerio, ocupando su lugar entre ellos el representante Merlin; y gracias á sus prodigios de valor, conservaron aquel punto.

El 26 enviaron los prusianos un parlamentario falso, que se decía enviado por el ejército del Rhin, para invitar á la guarnición á rendirse. Los generales, los representantes y soldados, afectos ya á la plaza, y convencidos de que hacían un gran servicio á la patria deteniendo al ejército del Rhin en la frontera, rechazaron toda proposición. El 3 de mayo quiso el rey de Prusia tomar á Kosteim, situado en la orilla derecha y enfrente de Cassel, que defendía Meunier; pero ni en aquel ataque, ni en el que se repitió el 8 del mismo mes con la mayor tenacidad, consiguieron otra cosa los sitiadores que perder una multitud de gente. Meunier, por su parte, atacó las islas colocadas en la desembocadura del Mein; las tomó, volvió á perderlas, y en ambas ocasiones desplegó la mayor audacia.

El 30 de mayo, los franceses resolvieron hacer una salida general sobre Marienburgo, donde se hallaba el rey Federico Guillermo. Favorecidos por la obscuridad de la noche, seis mil hombres penetraron á través de la línea enemiga, apoderándose de los atrincheramientos, y llegaron hasta el cuartel general; pero difundida la alarma, todo el ejército se lanzó contra ellos, y hubieron de retirarse después de haber perdido muchos de sus valientes soldados. Al día siguiente, irritado el rey de Prusia, mandó que se abriese el fuego contra la plaza. El mismo día, Meunier emprendió una nueva tentativa contra una de las islas del Mein; pero herido en una rodilla expiró, menos de su herida que de la irritación que le produjo verse obligado á dejar los trabajos del sitio. Toda la guarnición asistió á sus funerales; el rey de Prusia mandó suspender el fuego mientras se rendían los últimos tributos á aquel héroe, disponiendo que se le saludase con una salva de artillería. El cadáver fué depositado en la punta del baluarte de Cassel, que el difunto había mandado construir.

Los grandes convoyes habían llegado ya de Holanda, y era tiempo de comenzar los trabajos del sitio. Un oficial prusiano aconsejaba apoderarse de la isla de Petersau, cuya punta se extendía entre Cassel y Maguncia, establecer baterías, destruir el puente de barcas y los molinos y dar el asalto á Cassel tan pronto como quedase aislado de la plaza y privado de sus auxilios. Proponía dirigirse después hacia el foso donde se vertía el Zalbach, lanzarse en él bajo la protección de las baterías de Petersau, que enfilaban este foso, é intentar un asalto por este frente que sólo se componía de un recinto. El proyecto era tan audaz como peligroso, porque se debía desembarcar en Petersau y lanzarse des-

pues en un foso en medio de las aguas, bajo el fuego del Hauptstein; pero los resultados serían también rápidos. No obstante, prefirióse abrir la trinchera por el lado del doble recinto, y frente á la ciudadela, aunque fuera necesario un doble sitio.

El 16 de junio se trazó la primera paralela á ochocientos pasos del primer recinto; pero como los sitiados introducían el desorden en los trabajos, fué preciso retroceder. El 18 se abrió otra paralela mucho más lejos, es decir, á mil quinientos pasos, distancia que excitó las burlas de los que habían propuesto el atrevido ataque por la isla de Petersau. Del 24 al 25 se acercaron más, estableciéndose á ochocientos pasos, y se construyeron baterías. Los sitiados interrumpieron los trabajos de nuevo, llegando á clavar los cañones; pero se les rechazó al fin agobiándoles con un fuego continuo. El 28 y el 29 veíanse asestadas contra la plaza doscientas piezas, que la cubrieron de proyectiles de toda especie; algunas baterías flotantes, situadas en el Rhin, incendiaron el interior de la ciudad por la parte más abierta, ocasionando un daño considerable.

Sin embargo, aun no se había trazado la última paralela, ni estaba franqueado el primer recinto; y la guarnición, poseída de ardimiento, no pensaba en rendirse. Para librarse de las baterías flotantes, algunos valerosos franceses se lanzaban en el río, y acercábanse á nado para cortar los cables de las lanchas enemigas; uno de aquellos héroes arrastró una tripulada por ochenta soldados, que fueron hechos prisioneros.

Sin embargo, la escasez había llegado á su colmo: los molinos acababan de ser incendiados y para moler el grano fué preciso apelar á las tahonas; pero los mozos no querían trabajar, porque, advertido el enemigo, no cesó de lanzar granadas al sitio mismo donde se hallaban. Por otra parte, carecían casi completamente de trigo; hacía mucho tiempo que no había ya sino carne de caballo; los soldados comían ratas, é iban á las orillas del Rhin á pescar los caballos muertos que arrastraba la corriente. Este alimento fué fatal para muchos; hízose necesario prohibirle y hasta impedir que salieran á buscarle, colocando centinelas en las orillas del Rhin. Un gato valía seis francos, y la carne de caballo muerto se vendía á cuarenta y cinco sueldos la libra. Los oficiales no se trataban mejor que los soldados. Aubert-Dubayet, que había invitado á comer á su estado mayor, mandó servir como gran regalo un gato rodeado de doce ratones. Lo más doloroso para aquella desgraciada guarnición era el estar privada de toda noticia: las comunicaciones se habían interceptado tan bien, que hacía tres meses se ignoraba del todo lo que pasaba en Francia. Se trató de dar á conocer la situación, tan pronto por una señora que iba á viajar por Suiza, como por un sacerdote que tomaba el camino de los Países Bajos ó por un espía que debía atravesar el campamento enemigo; pero ninguna de las comunicaciones llegó á su destino. Confiando que tal vez se pensaba en enviarles noticias del alto Rhin por medio de botellas arrojadas al río, los sitiados tendieron redes las cuales levantaban diariamente, pero sin encontrar nunca nada. Los prusianos, que apelaban á toda clase de ardid, mandaron imprimir en Francfort *Monitores* falsos, anunciando que Dumouriez había derribado la Convención y que reinaba Luis XVII con una regen-